

FORMACIÓN DEL EDITOR CIENTÍFICO-TÉCNICO

Amalia B. Dellamea

Centro de Divulgación Científica, Facultad de Farmacia y Bioquímica, UBA. Junín 956, (1113) Buenos Aires, República Argentina. Telefax: 54 11 4964-8200 (int. 8335).
Correo electrónico: cdc@ffyb.uba.ar

TRAINING SCIENCE-TECHNICAL EDITORS

El objetivo final de la investigación científica –hay pocas dudas al respecto, sino ninguna– es la publicación de los resultados. Como señaló Robert Day con su habitual ironía (1991), los investigadores no son evaluados primordialmente por sus habilidades en los trabajos de laboratorio ni por su ingenio; son evaluados por sus publicaciones.

Aunque, por supuesto, la afirmación de Day opera en el campo de la exageración, recurso retórico que este autor trabaja magistralmente, un conjunto significativo de críticas actuales a los estudios cuantitativos, cuando se aplican como indicadores exclusivos de valoración (“medición”) de la producción científica y tecnológica, suscriben mayoritariamente las expresiones de Day.

Como sea, resulta indudable que quienes operan en el ámbito de la producción científico-tecnológica y en el ámbito académico son/deben ser y, consecuentemente, deben asumir, como comunicadores; en este caso comunicadores científicos, dado que su propia actividad, cuando no su permanencia en los sistemas donde laboran, depende en gran medida de su capacidad de producir textos de los más variados formatos, destinados a la publicación de sus resultados y a la difusión, la diseminación y la divulgación de los conocimientos en distintas esferas y aun hacia muy diversos sectores de la sociedad.

Lamentablemente, la formación de los “autores” de textos científicos, técnicos y académicos permanece todavía hoy como objeti-

vo incumplido, tanto en la Argentina como en la mayoría de los países del subcontinente latinoamericano.

En el marco de un análisis de la magnitud y diversidad de problemas que presentan los textos que los “autores” entregan en calidad de “originales” para los procesos de edición de materiales técnicos, y que prolongan, a la vez que dificultan, considerablemente el trabajo de edición, la especialista argentina Patricia Piccolini (2002), profesora de la Carrera de Edición de la Universidad de Buenos Aires, expresa:

(Si bien) Escapa a los objetivos de este texto señalar las razones de esta debilidad en los autores universitarios, pero sí puede resultar pertinente mencionar dos factores que seguramente ayuden a explicarla: por un lado, la notoria ausencia de un trabajo sistemático sobre la escritura a lo largo de la formación de grado y posgrado, aun en las carreras humanísticas y, por el otro, la falta de una tradición de divulgación científica –cuando no su poco prestigio académico– en la mayoría de las áreas del conocimiento.

No caben dudas de que ambos factores enfatizados por la especialista argentina justifican, legitiman y, más aún, marcan de modo incontestable la necesidad del trabajo de edición de los textos científicos, técnicos y académicos. El editor científico, técnico y académico (en Iberoamérica, el editor normalmente subsume las tres áreas de trabajo, mientras que en comunidades con mayor desarrollo y accesos las tareas

permanecen diferenciadas) constituye cada vez más un factor clave en los procesos de comunicación de la ciencia, en tanto profesional encargado de asegurar la calidad textual, y consecuentemente, la calidad del proceso y la mediación comunicativos. Máxime, como ya se ha advertido, si se tiene en cuenta el escaso dominio de la producción textual que tiene el autor prototípico de materiales científico-técnicos y académicos, al menos en Iberoamérica, déficit que se registra muy especialmente en los investigadores y docentes que provienen de áreas como las Ciencias Exactas, las Naturales, las Biomédicas y las Ingenierías y que carecen –por norma general– de competencias y destrezas afiadas para elaborar textos verbales orales y verbales escritos de calidad suficiente. Así también, se observan déficits considerables en el logro de apropiación pertinente en todas las dimensiones y niveles requeridos por el estilo de los discursos científicos, técnicos y académicos, el ámbito de producción y las intenciones comunicativas específicas del área.

De allí que –sostiene el editor venezolano Carlos Sabino (1993)– naturalmente, sea tan importante para un científico, un investigador o, en términos más generales, para cualquier profesional o estudiante, el dominio del lenguaje escrito (así como otros lenguajes y códigos, agregamos al autor) y de las formas específicas que adquiere en el ámbito de la comunicación científica. Porque, como enfatiza el mismo autor, la redacción académica posee algunas peculiaridades que se relacionan directamente con sus objetivos, y que por cierto es preciso tener en cuenta para lograr los mejores resultados.

Los divulgadores científicos, entonces, en carácter de especialistas en las modalidades y sistemas diversos de codificación, tras-codificación, reformulación y, en determinadas circunstancias aun de trasposición, así como en estrategias de relexicalización, recodificación y resematización de los “contenidos” científicos y técnicos pueden aportar sus saberes académicos y profesionales para formar

autores, editores y correctores de estilo, en un trabajo mancomunado con especialistas en procesos generales de edición y en evaluación de la calidad de los materiales científico-técnicos.

En Iberoamérica se plantea cada vez con mayor frecuencia y énfasis la necesidad imperiosa de formar a los productores de conocimientos científicos y técnicos –investigadores, tecnólogos, funcionarios científicos y académicos– con las competencias sociales, comunicativas, lingüísticas y discursivas requeridas para el procesamiento de datos, informaciones, observaciones y aun percepciones producto del trabajo científico, y su necesaria conversión en “textos” de muy variadas estructuras, formatos, funciones, modalidades e intenciones comunicativas.

Piccolini ha descrito con claridad meridiana el problema de la ausencia de formación de autores en el ámbito específico de la producción de textos técnicos y académicos. Como parte de su esclarecedor diagnóstico, la autora señala que el mayor inconveniente es que los autores de textos técnicos, científicos y académicos en general no son escritores (más aún, podemos agregar, no son productores de textos):

Los editores técnicos trabajan con autores a quienes eligen, fundamentalmente, por el dominio que tienen de una disciplina o campo específico de conocimientos. En muchos casos, el prestigio o el reconocimiento público del autor –no necesariamente ligado a la calidad de su producción– inciden de manera central en esa elección. Pero más allá de los motivos puestos en juego en la decisión de editar un original, lo cierto es que los autores de libros técnicos no son escritores, ni exhiben competencias de escritura equiparables, por lo general, a sus conocimientos en la materia tratada.

(Piccolini, 2002)

Nótese que Piccolini circunscribe el problema al área de producción de la indus-

tria editorial de libros técnicos y didácticos porque es esta el área específica de la edición textual donde la experta ha desarrollado su trayectoria. Sin embargo, el panorama se agrava aún más cuando se lo extiende al campo de la edición científica, estrictamente hablando.

Las tareas básicas de un editor científico-técnico

Como señala la editora Judith Tarutz (1992) editar es un arte donde, aunque la creatividad (en el sentido del libre albedrío, aclaramos) está limitada, el editor puede trabajar dentro de los límites que se le imponen. Las principales limitaciones, según la autora son:

- Las necesidades de la audiencia.
- El propósito del texto.
- Las reglas y convenciones del idioma y el estilo editorial.
- Las consideraciones técnicas.
- Las consideraciones relacionadas con la maqueta.
- El tiempo.
- El presupuesto.
- La tecnología disponible y la forma en que se opera en el proceso de edición.

Se particularizará seguidamente la presentación de cada una de las limitaciones postuladas por Tarutz.

- Las necesidades de la audiencia

Bajo este subtítulo deben evidenciarse un conjunto amplio de factores relacionados con el público a quien va dirigida una obra, publicación (o más particularmente, un texto).

El proceso de producción de un texto comienza cuando alguien –el autor– debe resolver un problema comunicativo mediante la elaboración de un texto para comunicar algo a alguien. Es decir, que se producen textos para lograr algo en alguien.

Algo refiere a las metas, propósitos u objetivos que movilizan el proceso comunica-

tivo. *Alguien* refiere al destinatario intencionado, el receptor, la audiencia.

Una de las primeras funciones del editor, en instancias de aparición durante el proceso editorial, consiste en verificar el ajuste (o desajuste) que puede registrarse entre las metas de la publicación que está al cuidado del editor, por un lado; y las metas que el autor y la publicación tienen respecto de la audiencia o público a quien intentan llegar eficaz y efectivamente con el texto y con el producto editorial, por otro lado.

Sumado a este complejo panorama, debe considerarse también el ajuste del producto simbólico ofrecido con las expectativas de los destinatarios.

Debe insistirse en esto: el editor es el garante de la eficacia del proceso comunicativo. Aunque el subtítulo que aquí se está explicando solo considere las necesidades de la audiencia –que resultan cruciales en la comunicación científico-técnica, como se verá más adelante– deben tenerse en cuenta además, las expectativas, los deseos, los intereses, las experiencias, las motivaciones, entre muchos otros aspectos que inciden en los procesos de recepción de los textos en cualquier ámbito de producción, circulación y consumo de productos culturales, científico-técnicos, o de otra naturaleza.

La comunicación científico-técnica y la académica están destinadas, por lo general, a audiencias “cautivas”, es decir, personas que por razones laborales, profesionales y académicas están “obligadas” a leer. La motivación está fuertemente impulsada por “lo instrumental”, es decir, la búsqueda de información para resolver problemas: ya sea para estar actualizados en el tema o campo de investigación o de enseñanza, o bien para hallar antecedentes, en el caso de tener que elaborar una tesis de posgraduación, o un proyecto de investigación; o en el caso de materiales académicos con fines pedagógicos, con el objeto de aprobar una asignatura, por citar solo algunos ejemplos.

Se trata entonces de un lector capaz de realizar esfuerzos —más aún, proezas, en algunas ocasiones— para asignar significados/sentidos a lo que lee, a veces más allá incluso de lo que el texto que medie el proceso de construcción de sentidos logra por sí mismo.

Tan es así que, ante casos de información ambigua es probable que un lector “cautivo” efectúe varios procesos de relectura para encontrar la clave de interpretación; o que “reordene” información presentada caóticamente en la sección materiales y métodos de un artículo científico a fin de secuenciar las etapas que demanda un proceso de laboratorio; o que distinga y vuelva a “ordenar” información desplazada de lugar en la estructura global de un texto, como en los casos, muy frecuentes por cierto, de inclusión de resultados en la sección de materiales y métodos, o de resultados en la sección discusión (en estructuras que requieren que estas dos secciones se traten independientemente).

Es decir que es un lector con capacidad y voluntad de realizar esfuerzos que otros —póngase por caso, quien lee el diario para buscar información de actualidad, o quien lee con fines de entretenimiento— no haría bajo ninguna circunstancia normal.

Es probable que esta sea la razón principal por la que tantas publicaciones científicas, técnicas y académicas incluyan artículos deficientes en varias dimensiones y niveles del texto y sigan, sin embargo, siendo consultadas frecuentemente por miembros del área de especialidad.

- El propósito del texto

También será función del editor asegurar el ajuste entre las metas del autor, las metas que en conjunto —autor y editor— se plantearon para la obra, la colección, o el producto editorial que se estuviera elaborando, y que tales metas se concreten de modo efectivo en los textos que el autor produjo.

- Las reglas y convenciones del idioma y el estilo editorial

Por norma general, el editor (en las revistas principalmente el editor asociado y en otros sistemas, como las editoriales comerciales, o académicas de universidades, el editor jefe, el jefe o director del Departamento de Publicaciones, u otros cargos similares) es quien se ocupa de propulsar, gestionar, coordinar y editar los manuales de estilo, las normas para autores y los diversos manuales de procedimiento para el *staff* y los colaboradores externos.

Será también función del editor coordinar y supervisar el trabajo de los correctores de estilo.

- Las consideraciones técnicas

Como complemento de las actividades reseñadas en el anterior subtítulo, debe destacarse que será especial el cuidado que tendrá el editor en caso de tratarse de trabajos científicos y técnicos, con el fin de garantizar su adecuación a las normas y estilos que rigen cada área de especialidad.

- Las consideraciones relacionadas con la maqueta

Será también responsable de los grados de ajuste que se logren entre las secciones (de haberlas) de diseño y maquetación de las obras, o bien con las propuestas realizadas por el diseñador (en caso de ser contratado), las secciones destinadas a la edición textual, propiamente dicha, y el o los autores de los textos.

- El tiempo

Entre las tareas más desafiantes que corresponden al editor se encuentra la de efectuar una calendarización, lo más realista y precisa posible, de todos los procesos y actividades involucrados en la edición; más arduo aún como tarea es el logro del cumplimiento de los plazos por parte de todos los miembros de

la organización, de los autores y de los servicios que terciariza la empresa, o el departamento de publicaciones en el caso de la edición académica.

- *El presupuesto*

En Latinoamérica se ha vuelto cada vez más imperioso que el editor esté dotado con conocimientos sobre la estructura de costos del proceso editorial y que pueda elaborar, o al menos, participar activamente, en la confección

de los presupuestos.

- *La tecnología disponible y la manera en que se lleva a cabo el proceso editorial*

Deberá tener también conocimientos sólidos sobre las técnicas de impresión tradicionales, así como las formas actuales de publicación, tratamiento de textos, de fotografías e ilustraciones, etcétera, además de contar con el adiestramiento necesario para generar productos editoriales en nuevos soportes, canales y formatos y controlar su ejecución.

Referencias bibliográficas

- Day, Robert (1991). "Prefacio". *Cómo escribir y publicar trabajos científicos*. Organización Panamericana de la Salud, Publ. Cient. 526.
- Piccolini, Patricia (2002). "La edición técnica". En: de Sagastizábal, Leandro y Esteves Fros, Fernando (comp.) *El mundo de la edición de libros*. Paidós, Buenos Aires.
- Sabino, Carlos (1993). *Cómo hacer una tesis. Guía para elaborar y redactar trabajos científicos*. Humanitas, Buenos Aires.
- Tarutz, Judith (1992). *Technical Editing. The practical guide for editors and writers*. Addison-Wesley, Reading, Massachusetts.